

México 2000

LATINOAMERICA Y MEXICO

Por Rafael RUIZ HARRELL

Hacer un viaje al sur de América Latina es, en muchos sentidos, hacer un viaje al pasado y al futuro inmediatos de México. Hay casos, ciertamente, en los cuales la identidad con el presente es total y no se advierte diferencia alguna: en Sao Paulo, por ejemplo, hay calles que de feas y populosas podrían estar en cualquier parte de nuestra Capital. Mas esto no es frecuente. Lo usual es la diferencia. El desfase temporal.

Quizá lo que primero advierte uno sea la presencia del pasado; el que todavía se hacen cosas como las hacíamos nosotros en los cincuentas. Descubre uno que todavía se usa el lápiz tinta; chocolaterías que logran a base de cataratas de moños gigantes y flores teñidas, cursilerías que sólo cobraron fugaz realidad en el Bugambilia; polvosos hoteles viejos —el mejor de la ciudad—, de los que sale uno, por encanto de magia, a lo que fue la calle de Uruguay hace veinte años. Sufre uno tardanzas, desorganizaciones y caos a los que la salud mental había relegado al olvido: en el aeropuerto de Ezeiza en Buenos Aires, por ejemplo, recuperar las maletas fue un triunfo que llevó seis horas de gritos, sombrerazos y desmayos en medio de un airado mitin de pasajeros al que apelmazan en una sala que, a lo más, podría dar cabida a la quinta parte.

Pero luego, también, primero con tristeza y luego con verdadero terror, empieza uno a descubrir que aquí se están ya haciendo cosas que en México están apenas en semilla. En el rostro anónimo, despersonalizado, de Caracas, va uno viendo cuánto más feas serán nuestras ciudades; cuánto más puede perder una nación la conciencia de sí misma; cuánto

más puede diluirse la identidad en la masa populosa del insensato crecimiento demográfico y confundirse la igualdad amorfa con el desarrollo económico.

Mas esto es, apenas, la tristeza. El miedo empieza cuando se da uno cuenta que hay países en los que está prohibida la importación de libros y que sólo se publican los que autoriza previamente la censura; aumenta al advertir que la misma limitación llegó ya a los discos y se ha llegado, por ejemplo, a prohibir la reproducción de una ejecución reciente de una sonata de Beethoven porque ya había una anterior en el mercado. El miedo es saber que casi constituye un crimen —disculpable sólo porque es uno un turista inocente—, buscar discos de Falú o de Atahualpa en una disquería en Buenos Aires ignorando que son "artistas prohibidos".

Y hay otras cosas, menos aparentes, que empiezan a dar origen al terror. Des-

cubrir, por ejemplo, que el taxista es arquitecto, pero en tres años no ha encontrado trabajo en su profesión; que a no ser por el chiste inocuo la gente considera tanto peligroso como de mal gusto, inútil, hablar de política; que hay bancos que ofrecen —agárrese—, 12.5% de interés mensual, pero nadie guarda dinero porque la inflación es mayor.

Pero el terror, el verdadero terror —y hablo aquí sólo de Buenos Aires—, nace de advertir la tristeza en los demás. De oír sin entender la advertencia del mozo en un bar de Lavalle —digamos Madero, o la zona rosa—, de que no intente uno trabar conversación con ninguna de las chicas que están en el local porque quizá haya policías y es un delito la prostitución; de preguntar por una dirección cualquiera y oír a la gente contestar que es mejor que le pregunte uno a las policías de turismo; de escuchar que haya quien le diga a uno, sonriendo, sin ninguna mala fe, que en Argentina quieren mucho a los mexicanos, aunque seamos comunistas.

Lo que sigue es peor: las detenciones en la calle, a culatazos, que todo mundo pasa sin ver y uno se queda bobo, sin creer, hasta que la gente que pasa logra hacerle entender que no se quede ahí, que no sea imbécil, que no vea nada, que siga caminando. Esto, los balazos de metralleta en las noches; las persecuciones de autos y las hermosas declaraciones en los diarios de que los militares no querían tomar el poder y la prueba está en que carecían de plan alguno para gobernar. Esto último, claro, tiene remedio: hay ya un plan y se prevé que en 1999 —así dice la declaración—, si resultan favorecidos por las elecciones, el país podrá volver a tener un gobierno civil.